

## LA MASCULINIDAD EN EL DISCURSO CIENTÍFICO: ASPECTOS EPISTÉMICO-IDEOLÓGICOS \*

ANA SÁNCHEZ

(Dpto. Lógica y Filosofía de la Ciencia)  
(Universidad de Valencia)

Que la ciencia está impregnada por algún tipo de ideología no es ninguna novedad. Que la forma de conocimiento que derribó a todas las religiones se ha convertido en una nueva religión no menos poderosa que sus antepasadas, tampoco. Que esta forma de conocimiento, que se pretende objetiva, aséptica, destinada al progreso de la humanidad (es decir, destinada a todas y todos los habitantes del planeta) no es tan objetiva, ni tan aséptica y que el «progreso» nos está llevando a riesgos planetarios posiblemente insuperables, resulta ya un tópico. Es decir, que la ciencia, en tanto que institución humana, está moldeada por las condiciones económicas, sociales y culturales de la sociedad donde se desarrolle.

La ciencia se consolidó como el saber por su contundencia, por la aplicación férrea de un método con voluntad exclusivista de ser el reflejo de la realidad. La epistemología que sustentaba este método se basaba en la fundamentación lógica de sus enunciados, en la aplicación del método deductivo y en la comprobación empírica de sus postulados. Los aspectos sociológicos de la ciencia a saber: que en tanto que institución genera poder y está sujeta y es generada por el poder; que sus productos transforman a la sociedad (y ello puede ser en un sentido positivo o negativo), eran desdeñados.

Pensadores como Khun, Toulmin, Feyerabend, Morin, Monod (y un larguísimo etcétera), han ido desentrañando desde hace muchos años aspectos ideológicos, sociológicos, metodológicos que han resi-

---

\* Conferencia del Curso Nuevos Enfoques Teóricos y Metodológicos del Programa de Doctorado *Mujeres y Sociedad*, 28-3-1990.

tuado a la ciencia en lo que es, repito, una institución humana. Las obras de Khun (1969), Toulmin (1972), Feyerabend (1974), marcaron un hito en la reflexión fisiológica sobre la ciencia y se caracterizaron todas ellas por la introducción del relativismo frente a la concepción clásica de la búsqueda de la verdad a partir del método, y más propiamente la legitimación última del método científico en la lógica de la investigación y en la verificabilidad. Dos ideales fundamentales de la ciencia, la racionalidad y la objetividad, experimentaron una gran transformación. En primer lugar, se amplió el concepto de racionalidad, que antes se entendía como la sistematización coherente de enunciados fundados y contrastables, para dar cabida dentro de este concepto a los aspectos heurísticos del quehacer científico; ello dio entrada a la interdisciplinarietà: se postuló la necesidad de las miradas de la sociología, la psicología, la historia, la ética.

Por su parte, la idea de objetividad se ha visto muy cuestionada por la propia ciencia a lo largo de este siglo: diversos desarrollos de la biología dieron al traste con la pretensión de la retórica objetivista del ideal científico; en física mismo, el principio de incertidumbre de Heisenberg mostraba cómo el sujeto está inextricablemente unido al objeto dado que, por el mismo hecho de su manipulación, este último cambia.

Todo ello llevaría a otra entrada fundamental en el análisis de las disciplinas científicas, la ideológica: así pues, en tanto que inscrita dentro de un entramado cultural e histórico concreto, no hay que olvidar que la ciencia constituye un cuerpo de conocimientos que se gesta y cambia continuamente en la interrelación de sus aspectos sociales, políticos, etc. Estos aspectos que la generan y son generados por ella determinarán a su vez la estructura, fines, conceptos generales, valores, ideales y prácticas de la ciencia.

## 1. LA CRÍTICA FEMINISTA

En este marco situaré la irrupción de la crítica feminista al quehacer científico. ¿Cuál es su origen? ¿Cuál su fundamentación? ¿Qué propone? ¿Dónde se ubica? El estereotipo psicosocial de la persona que hace ciencia es un hombre, blanco sin duda, acomodado, despistado y poco erótico, dedicado por completo a su investigación. Las mujeres —incluso las blancas— han sido apartadas de esta empresa. Y la imagen psicosocial de la mujer que hiciera ciencia era hasta ahora la contraposición de la femineidad: es decir, para hacer ciencia tenía que negarse a sí misma. Debido a ello, las mujeres han ido entrando sólo muy poco a poco en el mundo de la ciencia, y mucho más lento todavía ha sido el camino realizado en la crítica a ésta. ¿Por qué pues ha tardado tanto la crítica feminista de la ciencia? ¿Por qué no se habían planteado antes las mujeres investi-



gadoras la temática de las connotaciones masculinistas de la ciencia? Una de las causas puede ser el escaso número de mujeres dedicadas a la ciencia y la enajenación psicosocial que dedicarse a ella implicaba para las mujeres. La polémica que yo presento se gesta fundamentalmente en Estados Unidos, donde, por el mayor desarrollo de la ciencia hay también muchas más mujeres dedicadas a ella.

Desde hace una treintena de años, un buen número de investigadoras —feministas— de las más diversas disciplinas —antropología, historia, sociología, biología, psicología, primatología, filosofía, pedagogía, estética, física— han ido destacando el sesgo de género inherente al desarrollo investigador de sus disciplinas. La génesis de ello ha sido que, inevitablemente, en el curso de sus investigaciones han iniciado formas de estudio, de planteamiento de cuestiones y la resolución de las mismas, que al estar sesgadas por la perspectiva feminista han ido haciendo evidente la interrelación, el bucle<sup>1</sup> que hay entre el hacer y los resultados, es decir, el vínculo que se establece entre lo que se investiga, cómo se investiga, qué conclusiones se sacan de lo investigado, etc. Pondré un ejemplo: en primatología la inclusión de las mujeres investigadoras llevó al cuestionamiento de muchos presupuestos —confirmados por los varones investigadores— de la conducta de los primates; al detenerse más a observar la conducta de las hembras de los primates fue desvelándose el carácter proyectivo que tienen las investigaciones de campo, muy concretamente, se ha podido contestar al aserto darwiniano, tomado por algunos de sus seguidores en el siglo xx (me refiero a los sociobiólogos) que universaliza la conducta sexual de las hembras como pasiva y recatada, la de los machos como activa y promiscua. Este aserto, fundamentado por Darwin en la reproducción sexual diferencial —y, ya en nuestro siglo, en la genética en última instancia— fue contestado por las observaciones de la conducta sexual de las hembras que han hecho distintas primatólogas (Hardy, Haraway, Bleier, Sánchez). Otro tanto ocurriría en endocrinología, cuando se experimenta con ratas hembras.

Sus distintas prácticas les han llevado a la constatación de que una de las características de la ideología que impregna la ciencia es su masculinidad, y en su elaboración de formas de *mirar*, de investigar, de relacionarse con el objeto de estudio, han dado con la práctica de una epistemología —apenas esbozada— que por sus presupuestos de labilidad, apertura, antirreduccionismo, interrelación, entra a formar parte de la corriente crítica más arriba citada.

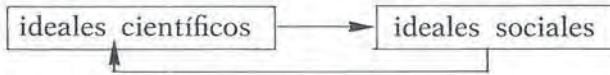
Citaré algún ejemplo: primatología.

La aportación fundamental deriva del hecho de situarse en una perspectiva de género. Las críticas de estas investigadoras son a la

---

1. Remito al final de este artículo para unas sucintas aclaraciones conceptuales.

vez metodológicas e ideológicas: ambos aspectos son inseparables: en su opinión, cada paso del quehacer científico está cargado de ideología. La sola elección de los métodos de análisis, las cuestiones que vale la pena investigar (y las que se desdeñan), están impregnadas de ideología masculinista. En la interrelación y entredeterminación de los



sitúan al varón, blanco, occidental, como medida valorativa. La ciencia es reflejo de la ideología de un grupo dominante que todas ellas, en mayores y menores grados de complejidad en sus análisis identifican con el modelo del varón blanco, de clase media o alta en las sociedades capitalistas avanzadas (Bleier, Fee, Hubbard, Keller, Lowe, Rose, Rosser, Smith). Por ello la crítica feminista se inscribe junto con otras críticas procedentes de los movimientos de liberación étnicos, de clase, ecológicos:

La forma de pensamiento, etnocéntrica, egocéntrica, dicotómica del varón blanco occidental gusta de categorizar todo lo diferente a él:

- La diferencia es convertida en dicotomía.
- Y, dentro de la estrechez de la dicotomía, esa diferencia no lo es de dos cosas entre sí, sino de una con respecto a otra, autoconstituida la primera de ellas en eje y centro y que convierte a lo diferente en desviación de la norma. Se trata pues de una dicotomía asimétrica y jerárquica. Lo diferente puede ser:

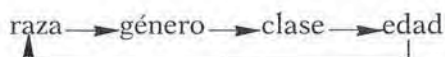
- Las mujeres.
- Otras razas.
- Otras clases sociales.
- Otros grupos de edad.

Las aproximaciones se convierten en identificaciones y las separaciones en distancias de ese eje central modélico. Así pues, en tanto que feministas y occidentales, tendremos que considerar que el racismo es un rasgo constitutivo del pensamiento occidental; fundamental resulta, en mi opinión, tener conciencia de las profundidades racistas de este pensamiento (racistas, que no meramente etnocéntricas) para el desarrollo de cualquier teoría feminista: la conciencia de que nuestra subordinación en todos los órdenes ha sido entendida en términos de diferencia, pero diferencia de la norma, de un modelo que se ha establecido como el «modelo», no puede sino llevarnos a una consideración de las otras diferencias y a un



planteamiento planetario de nuestros conceptos y teorías, que no olvide, no obstante, la ubicación de cada cual en su aquí y su ahora, es decir que mantenga la dialógica de lo particular y lo universal, que considere lo universal como la suma emergente y creativa de cada una de las particularidades.

Estas relaciones, entre género, clase, raza y, como muy bien señala Amparo Moreno (1986), edad, necesariamente serán dialógicas: es fácil imaginar las diferentes circunstancias, en ocasiones concurrentes y complementarias, en ocasiones concurrentes y antagonistas, que se irán produciendo en la interacción dinámica de estos tres —o bien, cuatro, si se considera la edad— factores. La consideración recursiva de estas entradas, nos lleva a la formación de un bucle que expresará las interrelaciones que se producen entre estos aspectos, o puntos de mira, desde donde se puede considerar a las sujetas y sujetos históricos. Como resulta obvio, no se es únicamente mujer; junto con éste se dan los otros determinantes: etnia, situación planetaria (lugar que se ocupa en las relaciones de poder/dependencia/independencia de unos estados con respecto a otros). Por lo que una teoría feminista deberá considerar las interrelaciones que recursivamente se darán en los polos arriba citados:



## 2. LAS DICOTOMÍAS

Como apunta Schiebinger (1987), la tradición filosófica occidental —de la que ha surgido la ciencia moderna— conformó la división del trabajo intelectual concretándose en una serie de dualidades: razón/sentimiento, hecho/valor, cultura/naturaleza, ciencia/creencia, público/privado. Y aquí, según he indicado ya, el rango que se ocupe a la derecha o la izquierda tiene un claro significado jerarquizador y valorativo. El primer elemento de esta serie de pares ordenados representa los constituyentes del discurso racional, del conocimiento científico y del mundo de los varones. Y, cuando a esta lista viene a añadirse aquel otro par (jerárquico y contrapuesto) masculino/femenino, el primer elemento será también el importante. De ahí que se desprendieran las asociaciones de

femineidad - sentimiento - subjetividad - esfera privada - masculinidad - razón - objetividad - esfera pública.

La experiencia humana se ha visto escindida en el pensamiento occidental en dos ámbitos mutuamente excluyentes —el femenino, el masculino— que han generado la forma de pensamiento dualista, que heredamos a través de la cultura en todas sus formas, de un

modo tal que la dicotomía de lo adscrito como femenino y lo adscrito como masculino permea la forma de percibir y pensar el mundo de las sujetas y sujetos culturalmente generizados como mujeres o varones. Según Bleier, por ejemplo, esta percepción dicotomizada afectaría incluso a la propia percepción de la verdad por parte de las mujeres y los varones concretos. De este modo, se lleva mucho más lejos el relativismo propugnado por los críticos al paradigma científico dominante. Al introducir el sesgo androcéntrico que supone la generización de la sociedad en la base misma de las dicotomías se pone de manifiesto el hecho de que la propia forma de conceptualizar, la forma de elaborar los principios lógicos y epistémicos que rigen el método científico obedecen a una construcción cultural patriarcal, situándose el género como el factor desvelador crucial de esta construcción. Para Bleier, las actividades humanas en general se han conformado de acuerdo con el esquema dualista por lo que una de las tareas de la ciencia feminista consistiría en examinar todos los dualismos dado que son éstos los que conforman el modo de describir y categorizar las actividades humanas.

La ciencia no escapa a esta división dualista, y describe y *prescribe* a quienes van a participar en ella: su visión dicotómica modela un mundo, que es el que la ciencia analiza, y al que toma como «el mundo».

La principal aportación de estas teóricas es, en mi opinión, haber puesto de relieve este carácter ideológico de las dualidades. La dicotomía no es presentada como una mera forma de análisis —bastante inoperante en la actualidad. Es presentada como una forma constitutiva intrínseca del modo de pensamiento patriarcal. Esta dicotomía se halla en la base de la construcción del método científico *porque está en la base de la construcción del mundo patriarcal*. Decir que la ciencia es reflejo del pensamiento dominante, masculino y jerarquizantes en sus análisis, no son meras palabras: en la separación en pares jerarquizantes de opuestos ven cómo es dividido el mundo en dos mitades. E indagar las conexiones que hay entre lo que se considera propio de cada una de esas dos mitades (la femenina: sentimiento, subjetividad, esfera privada; la masculina: razón, objetividad, esfera pública) y sus raíces patriarcales es poner el género como vector. Ello permite afirmar que los principios lógicos y epistémicos que conforman la ciencia son patriarcales: están —ideológicamente— cargados de género. Estas dicotomías excluyentes traen consigo otras formas de conceptualizar que también son patriarcales: jerarquía, dominancia, control, poder.



### 3. OBJETIVIDAD

La capacidad de objetividad no es innata, sino que se conforma en el proceso de socialización diferencial regido por el género. Como Morin afirma, al igual que Piaget y Keller, el desarrollo de las capacidades cognitivas va a la par de las capacidades afectivas. En *Reflexiones sobre género y ciencia* hace E. F. Keller un interesante análisis de la objetividad en el que interrelaciona la *objetividad* (aspecto cognitivo), la *autonomía* (aspecto afectivo) y la *masculinidad* (aspecto de género): la separación de las esferas cognitiva y afectiva se produce a través de ese proceso de socialización en el que el mundo de lo cognitivo es asociado al niño, y el de lo afectivo a la niña. Esta capacidad de objetividad, aprendida en última instancia en el proceso de separación de la madre, cuando se delimita la separación entre uno mismo y el mundo externo está marcado por la ansiedad. Ansiedad que va a conformar las dos direcciones que tomará la autonomía del sujeto que resulte de ese proceso. La autonomía estática —que llevará a un concepto de objetividad estático— es una reacción rígida de huida a la ansiedad; la autonomía dinámica tolera la ambigüedad. De ahí se ha asociado lo cognitivo con lo estático y lo emotivo con lo dinámico. La objetividad dinámica, como dijimos, tolera la ambigüedad, la incertidumbre y cierto juego entre el sujeto y su entorno. En definitiva, la objetividad que se postule siempre es resultado de la afectividad, proceso marcado por el género. De este modo, podemos situar la pretensión de objetivismo en la ciencia como una «pulsión de objetividad» que tiene sus raíces en el proceso de conformación conductual diferencial que se produce en nuestra sociedad.

¿Cuál sería, por tanto, una visión feminista de la ciencia, que evitará las dicotomías y las nociones concomitantes que acabo de mencionar? El modelo de ciencia que asoma en las propuestas de estas teóricas tiene más que ver con los valores que *ahora* se asignan a lo femenino. Y es cierto que, aquí y ahora, la vida de las mujeres suele ser más contextual e interrelacional: *lo cual no significa que estas características obedezcan a ningún tipo de valores específicos innatos o esenciales*. Pero las mujeres, aquí y ahora —debido a su conformación cognitiva y emocional diferencial (Chodorow, Dinnerstein)— tendrán una forma diferente de «hacer» investigación dentro de la comunidad científica: las relaciones que establecen las mujeres con los objetos de estudio son de mutualidad, más que dominación/subordinación. De ahí se deriva un modelo de interrelación que es contrapuesto al dicotómico por muchas de estas autoras. Podríamos preguntarnos:

1. ¿Constituye esto la forma peculiar de investigación que se derivaría del hecho de ser mujer? Sí, y no: como Keller expresa



(1985), la forma de hacer ciencia, en muchísimas ocasiones, no se ajusta en absoluto a los ideales científicos, por lo que existen muchas mujeres, y también varones, que en sus investigaciones concretas están haciendo una ciencia más relacional de lo que postula el paradigma dominante. Y además, y no cabría mencionarlo por obvio, hay mujeres que sí se mueven muy bien dentro del paradigma dominante de la ciencia.

La ciencia feminista sería una ciencia en la que la indeterminación no fuera causa de angustia, y que —debido a la capacidad de relacionarse con las diferencias— provocara búsquedas y caminos diversos. La dominación sobre la naturaleza se convertiría en actuación *en* la naturaleza (Keller), como parte que somos de aquel todo omniabarcador. Una ciencia que conviviría en definitiva con el inacabamiento, la multifinalidad, la incertidumbre, la diferencia, la ambigüedad...

2. ¿A qué tipo de epistemología conducen estas propuestas? Se podría decir que lo que une a todas las autoras es que propugnan un modelo interactivo. Fee, Keller y Bleier, en especial, plantean formas recursivas y circuitales de relacionar los diversos elementos conceptuales que manejan, pero no llegan a profundizar en la conformación epistémico-lógica que tendría su forma de análisis. Por ello afirmaba yo en otro lugar (1988) que la epistemología feminista no está sino esbozada y que constituye una de las líneas de crítica al paradigma, línea que como he señalado tiene su aportación específica en su denuncia del carácter ideológico, no sólo metodológico de las dicotomías.

La epistemología de la complejidad de Edgar Morin constituye, en mi opinión, un adecuado marco metodológico, siempre abierto, que, por un lado puede servir de base para los modelos interactivos propuestos por las feministas y, por la otra, puede alimentarse a su vez de la entrada teórica que el feminismo aporta. El método moriniano es un intento de dar con una epistemología que tenga más que ver con el espíritu del tiempo. Su forma de enfrentar la ambigüedad, la incertidumbre —y la crisis de la objetividad con éstas relacionada— le lleva al intento de formulación de una nueva lógica, que pueda dar cuenta de todo aquello que escapa de los estrechos márgenes del método deductivo y la lógica clásica. En este sentido, el desarrollo conceptual de la dialógica y el bucle recursivo sirven para explicitar y mostrar las peculiaridades conceptuales de los modelos interactivos.

Muy sucintamente: cuando se postula una interacción entre las diversas partes, elementos, componentes de un sistema (sea éste conceptual, físico, etc.), se implica:

- Que es poco probable que se establezca una clara jerarquía causal entre ellos.



- Que las relaciones que entre estos elementos se establecen son recursivas: van de unas a otras, enriqueciéndose y aumentando su significado y complejidad. Esto se expresa con la idea de bucle, o círculo emergente a niveles de complejidad cada vez mayores.
- Que estas relaciones recursivas son dialógicas, es decir no siempre serán armónicas, sino que pueden ser complementarias, concurrentes y antagonistas a la vez. Este concepto moriniano de dialógica surge de la necesidad de aunar aspectos antagonistas: desde la lógica bivalente no pueden considerarse juntos eventos o nociones antagonistas. La contradicción no se resuelve con una mera síntesis: tiene un carácter generativo procesual, tiene un carácter dinámico; la dialógica es un proceso que se expresa en el bucle retroactivo-recursivo, bucle que, en su discurrir inacabado va transformando los términos que lo componen.

### BIBLIOGRAFÍA

He seleccionado una sucinta colección de los textos más relevantes para esta conferencia.

- BLEIER, R. (1984): *Science and Gender*, Nueva York, Pergamon Press.
- (1986): «Sex Differences Research: Science or Belief?», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- CAPLAN, P. (1987): *The Cultural Construction of Sexuality*, Londres, Tavistock Publications.
- FEE, E. (1983): «Women's Nature and Scientific Objectivity», en Hubbard & Lowe (eds.); *Woman's Nature*, Nueva York, Pergamon Press.
- (1986): «Critiques of Modern Science: The Relationship of Feminism to Other Radical Epistemologies», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- HARAWAY, D. (1986): «Primateology Is Politics by Other Means», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- (1989): *Primate Visions*, Nueva York, Routledge.
- HRDY, S. B. (1981): *The Woman That Never Evolved*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press (tr. al francés) *Des guenons et des femmes*, París, Tierce, 1984.
- (19??): «Empathy, Polyandry, and the Myth of the Coy Female», en R. Bleier (eds.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press. 1986.
- HUBBARD, R. (1982): «Have Only Men Evolved?», en Hubbard, Henifin & Fried, (eds.); *Biological Woman - The Convenient Myth*, Rochester, Schenkman.
- (1986): «Social Effects of Some Contemporary Myths about Women», en Hubbard & Lowe, (eds.); *Woman's Nature*, Nueva York, Pergamon Press, 1983.

- KELLER, E. FOX (1985): *Reflections on Gender and Science*, New Haven, Yale University Press, *Reflexiones sobre género y ciencia*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnanim (en prensa).
- LOWE, M. (1983): «The Dialectic of Biology and Culture», en Hubbard & Lowe, (eds.); *Woman's Nature*, Nueva York, Pergamon Press.
- MORENO, A. (1986): *El arquetipo viril protagonista de la historia*, Barcelona, La Sal.
- MORIN, E. (1982): *Science avec conscience*, París, Fayard, *Ciencia con consciencia*, Ana Sánchez, trad. Barcelona, Anthropos, 1984.
- (1986): *La Méthode: la connaissance de la connaissance*, París, Seuil, *El Método: el conocimiento del conocimiento*, Ana Sánchez, trad., Madrid, Cátedra, 1988.
- ROSE, H. (1986): «Beyond Masculinist Realities: A Feminist Epistemology», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- (1986): «Beyond Masculinist Realities: A Feminist Epistemology for the Sciences», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- ROSSER, SUE. V. (1986): «The Relationship Between Women's Studies and Women in Science», en R. Bleier, (ed.); *Feminists Approaches to Science*, Nueva York, Pergamon Press.
- ROSSITER, M. W. (1982): «Women Scientist in America», Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- SMITH, J. (1983): «Feminist Analysis of Gender: A Critique», en Hubbard & Lowe (eds.); *Woman's Nature*, Nueva York, Pergamon Press.
- SCHIEBINGER, L. (1987): «The History and Philosophy of Women in Science», en *Signs*, vol. 12, n.º 2.
- UNGER, R. (1979): «Toward a Redefinition of Sex and Gender», en *American Psychologist*, noviembre, 1979, pp. 1.085-1.094.